

A close-up, black and white photograph of a person's face, focusing on the right eye. The eye is strikingly green and contains a small, detailed image of the Earth. The person's hair is dark and slightly messy. The overall mood is mysterious and intense.

**LA
NIÑA
QUE
NO
PODÍA
RECORDAR**

CLARA TAHOCES

Luciérnaga

**LA NIÑA
QUE NO
PODÍA
RECORDAR**

CLARA TAHOCS



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregirá en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: octubre de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-26-6
Depósito legal: B. 14.337-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Capítulo I	13
Capítulo II	53
Capítulo III	95
Capítulo IV	189
Capítulo V	233
Agradecimientos	301

La *Lux* que buscas está en tu interior.

A mis padres, por enseñarme a ver con los «ojos del alma».

¹²¿Cómo has caído del cielo,
derribado por tierra,
vencedor de naciones!

¹³Tú que decías en tu corazón:
subiré a los cielos, por encima de los astros de
Dios
elevatoré mi trono;
me sentaré en el monte de la Asamblea,
en el límite extremo del norte.

¹⁴Subiré sobre las alturas de las nubes,
me igualaré al Altísimo.

ISAÍAS, 14 (12-14)

*Mientras estamos dormidos en este mundo,
estamos despiertos en el otro.*

DALÍ

1971. Diciembre

Sandra abandonó su habitación con sigilo. Procuró que sus pies se deslizaran sin hacer ruido al contacto con la fría madera del suelo. Algunas tablillas del parqué estaban sueltas y emitían crujidos. La habían despertado unas voces conocidas, aunque acaloradas en una fuerte discusión. Aquellas personas estaban tan ofuscadas que era poco probable que advirtieran su presencia.

Bajó las escaleras al hilo de las voces. No era capaz de entender la causa de los gritos, ni tampoco los reproches que las dos personas se dedicaban entre sí, pero le pareció escuchar el llanto de su madre. Aquello la desconcertó.

Sus ojos, vivarachos e inquietos, destacaban en una cara de facciones menudas. La nariz, pequeña, igual que la boca, ahora torcida en un mohín contrariado; el cabello, ondulado y castaño, con algunos mechones rubios, y las cejas oscuras, como sus ojos, subrayaban su mirada alerta, limpia y curiosa. Sí, Sandra era una niña «curiosa en exceso». Al menos así la habían definido sus profesores en una de las reuniones escolares a las que había acudido su madre, preocupada por su comportamiento abstraído. «Es inteligente —le comentó la profesora aquel día—, pero se distrae con facilidad. Por suerte es muy curiosa y siempre pregunta lo que no sabe.»

Y, llevada por esa curiosidad, la niña se acercó en silencio a la puerta del salón que, por lo general, permanecía abierta.

Estaba muy asustada.

Nunca había presenciado nada parecido. Sus padres solían mostrarse cordiales, tanto con los demás como entre ellos. Aquello no era normal y Sandra, aunque apenas tenía seis años, lo sabía.

No se atrevió a girar el pomo de la puerta, pero sí tuvo el arrojo suficiente para aproximar un ojo a la cerradura. Las piernas le temblaban mientras apoyaba sus manos en el marco de la puerta. Lo ignoraba, pero aquel simple acto curioso cambiaría su vida para siempre.

I

Una causa muy pequeña que se nos escapa determina un efecto considerable, que no podemos predecir, y entonces decimos que dicho efecto se debe al azar.

HENRI POINCARÉ

2006. Julio

El calor apretaba con fuerza desde primera hora de la mañana. Se preveía otro día asfixiante en Madrid y, en especial, para todo el personal que trabajaba en la remodelación de la M-30. La nube de polvo, que sin piedad levantaban las excavadoras, los camiones y otros vehículos presentes, convertía aquel circuito en una travesía peligrosa para todo el que tuviera que rodear la urbe. Conducir por aquel anillo de asfalto se había convertido en una tarea desagradable y engorrosa.

Pese a que había transcurrido un año desde el inicio de la obra, los accidentes estaban a la orden del día. Según los máximos responsables del proyecto, todo era por un buen fin: serviría para devolver a la ciudad el tráfico fluido y la comodidad a los viandantes.

Lo que hoy era el trazado oficial mañana podía variar. Cuando uno pensaba que se había hecho con su ruta, ésta cambiaba logrando despistar de nuevo a los conductores, a los que no les quedaba más remedio que aguantar el polvo, el ruido y los atascos.

En medio de aquel punto, *Dulcinea* y *Tizona*, las tuneladoras más grandes del mundo —ajenas a todo el revuelo que estaban originando—, trabajaban a destajo abriendo agujeros y subterráneos donde la imaginación no podía concebir más. No pocos madrileños temían que el firme de la capital se viniera abajo, literalmente, que las grietas practicadas en la tierra se convirtieran en el detonante de un hundimiento definitivo, que la ciudad fuera tragada sin remisión y todos sus habitantes, *gatos* y *foráneos*, fueran a parar a las mismísimas entrañas del Averno.

Aquella mañana estaba resultando complicada. Ambas tuneladoras se habían detenido en el mismo instante sin que los técnicos conocieran la causa. Sin embargo, lo que parecía una avería de consecuencias catastróficas se quedó en un susto. Pronto retomaron su ritmo con total normalidad. Tal vez fue una premonición de lo que iba a suceder.

Juan se hallaba en un tramo de la obra. Estaba cansado, y eso que su jornada no había hecho más que empezar. Aunque acababa de llegar, estaba sudoroso y cubierto de polvo. Cada noche, al regresar a su casa, lo primero que hacía era meterse bajo la ducha, pero había comprobado que daba igual, que no conseguía zafarse de la incómoda sensación de sentirse sucio.

Su mujer le aconsejaba que se embadurnara el cuerpo de crema, le decía que su piel se lo agradecería, pero él le replicaba que no estaba dispuesto a emplear más de quince minutos en su aseo personal, sobre todo sabiendo que al día siguiente el polvo se metería de nuevo en cada uno de los poros de su piel.

Era un hombre alto y espigado. Aquello resultaba cómodo cuando tenía que alcanzar sitios poco accesibles a los que algunos de sus compañeros no llegaban. Su cabello, ensortijado y negro, contrastaba poco con su piel curtida por el sol.

Cuando terminó su café, arrojó el líquido restante al suelo, cerró el termo, abandonó la caseta en la que sus compañeros y él solían guardar sus enseres y agarró con desgana la señal de tráfico para dar paso a los camiones que entraban y salían del trazado de la M-30.

Desde su posición, a pie de obra, con el sol como único compañero, a Juan se le hacían eternas las horas. Una silla de playa, un chaleco reflectante, un casco, una botella de agua congelada,

que no tardaba en calentarse, un viejo paraguas que hacía las veces de sombrilla y una radio que le había regalado su suegra por Navidad eran sus acompañantes habituales. Así mataba el tiempo, esperando ansioso la llegada de alguno de sus colegas. A ninguno le apetecía desempeñar aquella labor. Todos coincidían en que preferían ocupar cualquier otro puesto antes que el de señalar el tráfico. Pero alguien tenía que hacerlo.

Cerca de las doce apareció el relevo. Entonces, arrastrando sus botas casi blancas por el polvo, se encaminó a la caseta para coger el bocadillo de tortilla que le había preparado su mujer.

Pero no llegó a hacerlo.

Algo llamó su atención cerca de una de las zanjas abiertas en las márgenes del Manzanares, que ahora, más que nunca, parecía un riachuelo insignificante, sin personalidad alguna. Algo que brillaba le hizo un guiño —o así lo interpretó él— reclamando su atención. Pero cuando alcanzó el lugar, nada sobresalía de la tierra, sólo piedras y montones de arena. Juan observó el suelo con atención y pensó que el calor le había jugado una mala pasada. Dedujo que había sido el reflejo de alguna chapa o un simple cristal, y ya se marchaba cuando volvió a sentir aquella «llamada», aquel reflejo tentador.

Esta vez sí lo vio.

Había algo semienterrado en la arena. Se agachó y escarbó un poco hasta dar con una pulsera —en apariencia de oro— con una piedra incrustada. Tal vez tuviera algún valor, así que se la guardó en uno de los bolsillos de su mono de trabajo y regresó a la caseta sin decir palabra a nadie.

No era la primera vez que sucedía. Remover veinte millones de metros cúbicos de tierra en treinta meses dejaba al descubierto algunos objetos. Desde el principio los arqueólogos implicados en el proyecto habían sabido que esto ocurriría. Madrid era una ciudad con pasado y éste siempre pugna por salir a la luz. Huesos de animales prehistóricos, cuencos, botones, puntas de flecha, hachas e incluso restos humanos regresaban de entre las sombras para mostrar un Madrid oculto y sugerente, un Madrid en el que convivían diferentes períodos históricos. De hecho, existía un protocolo para casos como éste y Juan se lo había saltado.

«Para lo que me pagan —pensó—, que les den.»



Esa mañana, Pablo Cañadas no tenía previsto pasar por la obra. Antes tenía que acudir a varios organismos oficiales para solucionar tediosos papeleos y sabía que en obtener un simple sello se perdía toda la mañana. Sin embargo, la cosa se le dio bien y a las doce y media se encaminó hacia todo aquel caos de ruido y polvo. La inesperada avería en las tuneladoras —motivo por el que le habían hecho venir— estaba solucionada, pero ya que estaba allí decidió hacer un informe sobre lo ocurrido. No era normal que dos potentes máquinas detuvieran su actividad a la vez sin un motivo.

Pablo no quería estropear sus zapatos, así que extrajo del maletero del coche unas botas que utilizaba para aquellos trabajos y se las calzó. Luego se colocó el casco reglamentario y caminó hacia la caseta de operaciones en busca del encargado. Como ya imaginaba, allí no había nadie, excepto un obrero comiéndose un bocadillo en lugar de —supuso él— estar donde le correspondía, es decir, trabajando.

Cuando Juan vio al gran jefe asomar por la puerta, casi se atraganta. Soltó el bocadillo de golpe, que cayó sobre el papel de plata que había extendido sobre la mesa, y por puro instinto se cuadró, como cuando estaba en la mili. Pablo hizo la vista gorda y se limitó a preguntarle por el encargado. El obrero cogió su *walkie* y contactó con uno de sus compañeros.

—El señor Cañadas está aquí —dijo con voz nerviosa—. ¿Está Antonio contigo?

—Negativo —respondió su compañero con voz neutra—. Puede que esté en la explanada. Ahorita voy para allá. ¿Le aviso, pues?

—Sí. Dile que el señor Cañadas le espera en la caseta de operaciones.

A Juan aquellos minutos se le hicieron interminables. Sin atreverse a continuar con su bocadillo, simuló que buscaba algo mientras examinaba de reojo a aquel tipo de mediana estatura y pelo canoso. Llevaba una montura de gafas al aire y tenía los ojos de un azul claro intenso. Tenía la tez bronceada y sus manos eran delicadas.

«Ese color no será de pasarse doce horas al sol», pensó Juan mientras reparaba en sus botas polvorientas, que no casaban con su immaculado traje gris.

«¡Qué mala suerte, coño! Para una vez que me pillan descansando, tiene que ser justo él», pensó.

Entonces la suerte lo abandonó del todo y la pulsera que había hallado apenas media hora antes se deslizó de su bolsillo para caer justo a los pies del ingeniero. Pablo se agachó a recogerla, pero antes de que la tocara Juan se abalanzó sobre ella.

—No se preocupe, ya la cojo yo —dijo algo alterado.

—Bonita pulsera. ¿Me permite verla? —preguntó Pablo, extrañado. Aquella joya le parecía demasiado valiosa para estar en el bolsillo de un mono de faena.

Negarse a su petición habría resultado sospechoso, así que, sin soltarla, Juan se la tendió.

—Es un regalo para mi mujer —se justificó mientras Pablo la observaba con fijeza—. Es que aún no he tenido tiempo de envolverla.

—¿Dónde la ha comprado? Parece antigua.

—Un amigo... —improvisó mientras la apartaba de su vista. El ingeniero hacía demasiadas preguntas.

Pablo parecía confuso. Por la expresión de su rostro quedaba claro que no se había tragado la historia, y Juan lo supo enseguida.

—Usted no ha comprado esta pulsera, ¿verdad? La ha encontrado aquí, en la obra.

Juan tenía que actuar y rápido. El jefe empezaba a sospechar y sabía que un desliz de esa naturaleza podría costarle el empleo.

—Claro que no. Se la he comprado a un amigo.

—Usted sabe que no... y yo también. Tendría que haber dado cuenta del hallazgo. Se ha saltado las normas.

Hablaba con tanta contundencia que Juan empezó a inquietarse. ¿Cómo lo sabía? Ninguno de sus compañeros podía haberse-lo dicho porque nadie excepto él conocía la verdad. A fin de cuentas, era la palabra del ingeniero contra la suya. Pero sabía que enfrentarse al gran jefe le acarrearía problemas, así que optó por una vía de escape intermedia.

—Mire, señor Cañadas, ya le he dicho que se la compré a un amigo, pero si le gusta podemos llegar a un acuerdo. ¿La quiere para su mujer? ¿Es eso? Deme trescientos euros y es suya.

Pronto supo que se había equivocado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pablo, impávido, mientras extraía del bolsillo de su americana una pequeña libreta y un bolígrafo.

—Juan.

—Juan... ¿qué más?

—García.

—Mire, señor García, si se demuestra que esto pertenece a Patrimonio Arqueológico, se va a meter en un lío —comentó esto sin mirarle, al tiempo que tomaba nota de sus datos.

Algo nubló la mente de Juan García. En lugar de ceder, se dirigió a la puerta y abandonó la caseta sin decir palabra.

Pablo lo vio salir con paso firme y decidido. El obrero estaba abstraído, tenía la mirada perdida, ajena a todo el bullicio que había a su alrededor. Lo siguió sin dar crédito a su reacción.

—¡Eh, oiga! —le increpó—. Vuelva aquí ahora mismo. Aún no hemos terminado.

Nadie sabe si Juan le oyó.

Había demasiado ruido a causa de las excavadoras que circulaban por la zona. Juan ni siquiera giró la cabeza. En pocos instantes, Pablo Cañadas se dio cuenta de lo que iba a suceder. Corrió tras él, pero no pudo hacer nada para ayudarlo. Una excavadora, que realizaba un giro, lo golpeó con uno de sus dientes en la cabeza, como si de un bolo se tratara, lanzándolo varios metros por delante.

Juan cayó abatido.

No llevaba el casco, aunque, a juzgar por la violencia del impacto, de poco habría servido. La pala le pegó justo por debajo de la oreja, a la altura del cuello.

De repente se hizo el silencio en la obra más ruidosa de Madrid. Las máquinas se detuvieron. Algunos trabajadores intentaron taponar la herida, pero la sangre manaba a borbotones de su cuello. Juan tenía los ojos muy abiertos y no parecía consciente

de lo que ocurría. Charlie, uno de los amigos que había hecho en la obra, le sostenía la mano mientras Pablo le sujetaba la cabeza. Tenía la mirada fija en un punto inexistente. Tal vez contemplaba a la muerte cara a cara. Quién sabe qué ocurre en esos últimos instantes, cuando la vida se nos escapa.

1971. Diciembre

Tras el entierro, Sandra se encerró en sí misma y apenas articulaba palabra. Quizá no era capaz de asimilar lo ocurrido. Sus abuelos maternos intentaban que saliera de su mutismo. Le hacían preguntas, pero la niña era incapaz de contestar. Se echaba a llorar y terminaba refugiándose en su habitación.

Su padre estaba abatido y desconcertado. A la ya de por sí repentina y terrible pérdida de su mujer, se sumaban aquellos ojos menudos y acuosos, rotos por el dolor, que le devolvían miradas silenciosas que a él le parecían de reproche. No sabía cómo actuar, era una situación a la que jamás se había enfrentado, y menos con una niña de seis años. ¿Cómo hacerle comprender que él sufría tanto como ella? ¿Cómo hacerla partícipe de su dolor sin dañarla aún más? Hacía de tripas corazón y le devolvía sonrisas, pero la niña no respondía a esos estímulos.

Incapaz de sobrellevar semejante carga, pidió a sus suegros que, al menos al principio, le ayudaran con la niña. Ellos, que también estaban sufriendo lo suyo, antepusieron a su nieta a todo, sacaron fuerzas de donde no las había y se trasladaron a la vivienda familiar para hacerse cargo de la pequeña.

Su presencia dio un respiro a aquel padre que, si bien adoraba a su hija, no sabía cómo obrar. Tenía la impresión de que su hija se había transformado en una extraña, como si fuera una niña recién adoptada a la que aún le faltaban la confianza y el cariño necesarios para integrarse en su nueva familia.

Tenía que reconocer que era su mujer quien se encargaba de todo. Él trabajaba mucho para sacarlas adelante, así que era ella quien se ocupaba de llevarla al médico cuando estaba enferma, de que hiciera los deberes y se lavara los dientes; de leerle cuentos

por las noches y de responder a sus dudas cuando hacía preguntas comprometidas para un adulto.

Entonces, cuando se dio cuenta de todas las cosas que había hecho su mujer, de repente se sintió inútil y desamparado. El mundo se le vino encima, las fuerzas lo abandonaron y nada, excepto su pequeña, tenía sentido.

Puede que la sensación de inutilidad de aquel padre fuese sólo cosa suya —pensaba él tratando de consolarse—, pues Sandra siempre le había mostrado afecto. Los fines de semana, que era cuando realmente estaba pendiente de ella, la llevaba al parque, jugaban juntos y le compraba helados que la niña disfrutaba con una sonrisa en los labios. Era tan fácil hacerla feliz. Por eso aquel hombre no comprendía por qué su hija lo rechazaba en lugar de refugiarse en él.

—Dale tiempo —le decía María, su suegra—. Acaba de perder a su madre.

Y eso hizo.

Se limitó a esperar que las cosas mejoraran, pero también intuía algo extraño en su comportamiento. Algo ilógico. Le resultaba raro que la niña de repente se negara a darle un beso de buenas noches o que se apartara de él cuando trataba de acariciarle el pelo, cosas que antes le encantaban.

¿Le haría responsable de la muerte de su madre? ¿Les oyó discutir aquella noche? Esa duda lo torturaba, impidiéndole conciliar el sueño de noche y mantener la calma de día. Le pesaba como una losa y le resquebrajaba el alma.

2006. Julio

Cuando por fin retiraron el cuerpo de Juan García en una funda de plástico, Pablo Cañadas reparó en la pulsera. Aquel insignificante objeto, cuyo precio había tasado el propio peón en trescientos euros, había originado una desgracia que le había costado la vida. ¿Quién iba a sospechar que un altercado por una pulsera, por muy antigua y valiosa que fuera, acabaría desencadenando su muerte?

«Si no le hubiera increpado...», se repetía Pablo. «Si no hubiera visto la pulsera...» «¿Por qué tuvo que caérsele del bolsillo justo delante de mí?» «¿Por qué la encontró justo hoy y no otro día?» «¿Por qué de entre todas las piedras, ladrillos y cascotes que se habían removido aquel día, tuvo que fijarse en ella?»

Cuando todo acabó, los compañeros de Juan, desolados por su pérdida, abandonaron la obra. Quien se llevó la peor parte fue el muchacho que manejaba la excavadora. Aquél era su primer empleo y estaba deseoso de agradar. Tuvo que ser trasladado al hospital por un ataque de ansiedad.

«Yo no quería... Yo no sabía... ¡No le vi!», repetía con la respiración entrecortada y los ojos bañados en lágrimas mientras sus compañeros lo sujetaban para evitar que se desvaneciera o hiciera cualquier tontería.

Pablo Cañadas se había quedado hasta el final. No quiso dejar solos a los trabajadores y se ocupó de todo, incluyendo el informe del accidente. Ya no quedaba nadie excepto él.

Recogió sus cosas y se dirigió a su coche. El polvo se arremolinaba en la explanada. Todo se hallaba en un silencio formidable, roto sólo por el sonido del viento. Un viento caliente, que, al igual que una lengua de fuego, se había extendido por la urbe.

Fue entonces cuando vio aquel brillo, que también había despertado la atención de Juan. Apareció ante él como un destello. Pablo se acercó a él y la vio. Ahí, ajena a todo el mal que había causado, estaba la pulsera en medio de la nada. Reluciente, sin mácula alguna, sin sangre y sin culpa. Debía de habersele caído a Juan del bolsillo cuando le golpeó la excavadora.

Pablo Cañadas dudó unos instantes, pero al final se agachó y la tomó entre sus dedos índice y pulgar, como quien recoge un insecto del suelo para poder examinarlo. La observó con inquietud y con gesto de disgusto se la guardó en el bolsillo de su americana.

Oteó el cielo y observó que el calor había dejado paso a un bochorno insufrible. Grandes nubarrones cubrían el sol. Luego montó en su coche y abandonó la obra.

También él tendría que haber informado del hallazgo, pero no lo hizo.

Mientras transitaba por la M-30, la lluvia comenzó a caer con fuerza sobre Madrid. Pablo Cañadas trató de centrarse en la conducción, aunque su mente estaba lejos de allí. De hecho, nada más llegar a su casa, un chalé a las afueras de la ciudad, lo primero que hizo fue despojarse de la ropa, aún manchada con la sangre de Juan, y meterse en la ducha. Se entretuvo casi media hora, intentando deshacerse del polvo, del recuerdo de la sangre, la tristeza y los malos augurios que lo atenazaban.

Más tarde, ya con ropa limpia —unos vaqueros y una camisa blanca—, se armó de valor, se acercó a la silla donde había depositado la ropa sucia y extrajo del bolsillo la pulsera.

Antes había cogido una cerveza de la nevera. No solía beber a esas horas y menos con el estómago vacío, pero, con lo ocurrido, no había podido comer nada. Tampoco tenía hambre, sólo un nudo en el estómago. Aun así picó unos anacardos con desganancia y se sentó a la mesa de trabajo. Sobre ella se acumulaba un montón de papeles, planos y libros. La señora de la limpieza le había dicho varias veces que cómo era capaz de trabajar en aquel ambiente. Se había ofrecido a ordenársela, pero Pablo se negaba. Decía que sabía bien cómo encontrar cada cosa, así que ella lo había dado por imposible.

«Una mano femenina es lo que se necesita aquí», solía responder mientras se retiraba a limpiar otra zona de la casa. «Y perdóneme, don Pablo, pero a ver qué mujer aguantaría que tuviera esto de cualquier manera», le espetaba mientras él sonreía con amargura. Muy a su pesar, no había nadie que le recriminara eso, ni lo había habido en mucho tiempo.

Aquella tarde, además de abatimiento por la muerte de Juan, Pablo sentía una extraña agitación en el pecho, como un hierro candente clavado en medio del plexo solar que le dificultaba un poco la respiración. Y, aunque se acababa de duchar, comenzó a sudar.

«Cálmate, vamos...», se dijo para infundirse ánimo.

Extrajo una *moleskine* negra de uno de los cajones de la mesa y se hizo sitio a empujones para depositar la pulsera, lo que provocó que varios planos enrollados, sujetos con gomas, cayeran al suelo. No le importó. En aquel momento, su única preocupación era la joya. Tenía claro que ese objeto no era una simple baratija.

Tras consultar sus anotaciones, cerró el cuaderno, guardó la alhaja en una cajita de madera, de la que extrajo un montón de clips y grapas, y, excitado, descolgó el teléfono para hacer una llamada.

1971. Diciembre

Aquellas fueron las peores Navidades de Sandra.

Lo fueron para ella y su padre, que constató el rechazo que su hija sentía hacia él. Era tan evidente que hasta sus abuelos, desconcertados, lo advirtieron. Cuando los compañeros de colegio de Sandra sólo pensaban en la llegada de los Magos de Oriente y su máxima preocupación era escribir una carta con sus deseos, ella seguía en su mutismo, sin manifestar ilusión alguna por unas fechas con regusto a crueldad para una niña que había perdido a su madre.

Aquel año dejó de creer en los Reyes Magos y en el poder de la ilusión en general, y su inocencia se trastocó para siempre. Si no eran capaces de devolverle a su madre, pensó, era porque no existían.

Ya nunca fue capaz de mirar esos días con ojos de niña. Pasaron a convertirse en una pesadilla. Si le hubieran dado a escoger, habría preferido borrarlos del calendario.

Con la proximidad de la Navidad, la ciudad había adquirido otro tono. Los adornos propios de aquellos días y el tradicional mercadillo de la plaza Mayor, que se celebraba todos los años desde 1860, daban un aspecto festivo a las principales calles de la ciudad.

Esa tarde el padre de Sandra quiso dar una vuelta con ella por el centro. Pensó que le vendría bien oxigenarse, así que fue a su habitación. Le preocupaba que apenas saliera de su dormitorio. Al abrir la puerta, la niña simuló jugar con unos recortables de muñecas que le había traído su abuela. Pero a los niños se les nota todo en la cara y el padre se dio cuenta de que fingía, que no estaba jugando a nada. Aun así fue incapaz de acceder a su mente; una mente en apariencia simple, la de alguien de corta edad,

pero que a él —lo había comprobado con horror en más de una ocasión— le resultaba impenetrable.

Trató de convencerla, pero la niña, sin prestarle atención, negó con la cabeza. Su padre, rendido, abandonó la estancia.

«¿Nos vio aquella noche?», pensó al entornar la puerta.

Empezaba a pensar que sí.

Más tarde, cuando su abuelo materno le propuso idéntico plan, la niña no opuso resistencia. Ya no había colegio y Carlos no quería que pasara tanto tiempo metida en casa. La abrigó bien y salieron juntos a dar una vuelta por las inmediaciones de Sol para terminar desembocando en la plaza Mayor.

Aprovechando la circunstancia de estar solos, Carlos tanteó a su nieta. No era lógico que rechazara a su padre. Tendría que haberse refugiado en él. ¿Por qué no lo hacía? Como sabía que la niña no era estúpida, inició la conversación por otros derroteros. Sólo pretendía que se sintiera cómoda y relajada antes de comenzar con las preguntas.

—Ven. Dame la mano, anda, que hay mucha gente y te puedes perder —dijo estirando el brazo.

Carlos medía poco más de un metro setenta, pero a ojos de la niña era un gigante. Tenía el pelo blanco y, aunque éste comenzaba a escasear por algunas zonas, aquel hombre aún conservaba parte del atractivo que en su día había logrado enamorar a María. Lo único que se le había deformado eran las manos, por culpa de la artritis.

La niña, sin despojarse de la manopla, no dudó en agarrarse a su mano. Al menos, pensó Carlos con alivio, a él no lo rechazaba, lo cual le chocaba aún más y ponía de relieve que algo extraño ocurría entre su padre y ella.

Atravesaron la Puerta del Sol y se detuvieron en un puesto de castañas. Carlos pagó unas pesetas por un cucurucho y mientras la vendedora lo llenaba aprovechó para contarle una de sus historias. Era algo que solía hacer: embeberla en cuentos y leyendas mágicas. Su hija, en vida, se quejaba de ello. No quería que le metiera pájaros en la cabeza. Argüía que luego no dormía bien y que al día siguiente no rendía en la escuela. Pero a la niña le encantaba escuchar aquellas viejas historias, muchas de las cuales

no comprendía en su totalidad, lo que daba pie a que formulase todo tipo de preguntas. Su abuelo contestaba algunas. Y otras, que no sabía cómo responder sin entrar en asuntos impropios para una niña, las esquivaba como podía.

—¿Sabes que hace muchos, muchos años habitó allí el mismo Diablo? —comentó señalando una construcción achatada que albergaba la sede de la Dirección General de Seguridad del Estado.

Por un momento, le pareció oír la voz de su hija regañándole: «¡Por Dios, papá! ¿Cómo se te ocurre hablarle del Diablo a la niña?». Al evocar su recuerdo, Carlos esbozó una sonrisa. Pero duró sólo un instante. Muy a su pesar, sabía que ya no regresaría para hacerlo, y le costaba hacerse a la idea.

El edificio al que se refería había sido con anterioridad la Casa de Correos, una obra encargada en inicio al arquitecto Ventura Rodríguez, que tantas interesantes construcciones había legado a Madrid, pero que al final fue a parar a manos del francés Marquet.

La niña miró la mole que se alzaba ante sus ojos. Era una edificación de mediados del XVIII, de planta rectangular, de colores blanco y salmón, que se ubicaba en la parte meridional de la plaza. Estaba coronada por una torre que culminaba en un reloj. A las puertas, un par de policías vestidos de gris vigilaban celosamente la zona.

—¿Dónde está el reloj? —preguntó la niña.

—Sí, ese mismo. El que marca las campanadas en fin de año.

—¿El Diablo vive allí?

Sandra pronunció esas palabras con una mueca de incredulidad. Era pequeña, pero en absoluta tonta, y estaba acostumbrada a que la mayoría de las historias que le contaba su abuelo —como, en definitiva, casi todas las leyendas— estuvieran exentas de lógica, aunque a veces escondieran un poso de realidad. Tanto era así que hasta una niña de seis años se percataba de que algo no encajaba en muchas de ellas.

—No pongas esa cara. Ocurrió, como te he dicho, hace muchísimos años, cuando las tropas de Napoleón invadieron Madrid y nuestros compatriotas intentaron expulsarlas de la Villa.

—¿Y quién es Napoleón?

—Era, pues ya murió, un enemigo de España, aunque eso da igual ahora, Sandrita. Lo importante es que un grupo de soldados franceses y su capitán fueron a esconderse justo allí dentro.

—¿Y por qué?

—Porque los madrileños querían echarles.

—¿Y por qué querían echarles?

La castañera entregó el cucurucho a Sandra y ésta, como pudo, se deshizo de sus manoplas, un poco raídas por el uso diario, para poder pelar una humeante castaña.

La mujer, sin importarle si había sido invitada a la conversación, se dirigió a Carlos mientras guardaba el dinero que éste le tendía en su delantal.

—¿Es así con todo? ¿Siempre hace tantas preguntas?

—Siempre, siempre. No tiene medida —repuso él con gesto resignado.

—Porque tú no me contestas —protestó la niña.

—El caso es que los madrileños rodearon el edificio —dijo su abuelo ignorando su comentario y reanudando la marcha— y cuando los franceses estaban a punto de morir de sed y de hambre, decidieron entregarse. No así el capitán, que se quedó dentro solo.

—¿Y por qué no les daban de comer si tenían hambre?

—Ya te lo he dicho, porque eran enemigos... Entonces los españoles entraron a buscarlo, pero ¿sabes qué? El capitán jamás apareció —prosiguió Carlos, dotando a su voz de un tono misterioso.

—¿Y dónde estaba?

—¡No estaba! Eso es lo más curioso de la historia. Aunque rastrearon todo el edificio, nunca dieron con él.

—Eso no puede ser...

—Es más, lo único que hallaron fue un ratón.

—¿Como el Ratoncito Pérez? —preguntó Sandra intrigada.

—Sí, pero en malo, porque el Ratoncito Pérez ya te conté un día que es bueno y éste debía de ser malísimo. O eso pensaron los madrileños de aquel entonces. Creyeron que aquel animal no podía ser otro más que el capitán francés disfrazado de roedor.

—Sí, claro. ¿Y cómo se pudo disfrazar si no tenía traje?

—Porque era un secuaz del Maligno. Y sospecharon que, en recompensa por haber sido tan fiel sirviente, éste lo transformó en ratón.

—¿Qué es un se-cuaz? Además, eso no puede ser... ¿O sí? —repuso dubitativa.

—Ellos pensaron que sí y por eso le dieron un pisotón y se deshicieron de él para siempre.

—¿Lo mataron? Pobrecito.

—Pues sí. Eso hicieron, y así lograron acabar con el mal en la Villa, aunque puede que no lo consiguieran del todo —masculló para sus adentros al tiempo que miraba de reojo a los *grisés* de la puerta.

La niña dejó de preguntar y mordisqueó una castaña. Se había relajado e incluso había sonreído en algún momento al escuchar el relato de su abuelo, así que Carlos aprovechó para indagar en el tema que de verdad le inquietaba.

—Y ahora, Sandra, cariño, ¿vas a decirme qué te pasa con papá?

La niña no respondió.

—¿Por qué no has querido venir con él de paseo?

Sandra permaneció en silencio, se limitó a bajar la cabeza, como si estuviera enfrascada en otros asuntos y no le oyera.

—¿Me has oído? Sé que me has oído. Sabes que al abuelo no le puedes mentir. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé —dijo al fin.

—Entonces, ¿qué ocurre? Me he fijado en que ya no le das besos ni le pides que te cuente cuentos por las noches.

De nuevo, silencio.

—¿Echas de menos a mamá? ¿Es eso? —tanteó.

—Sí, mucho.

—¿Sabes que papá también la echa de menos? ¿Qué te ocurre con él? ¿Por qué ya no le das besos?

—Porque no.

—Pero ¿por qué? —insistió.

—Vas a decir que es mentira.

—Prueba a ver, pequeña.

Ella tragó saliva y la castaña que sostenía entre sus dedos, temblorosos, cayó al suelo. Se la veía muy agitada.

—Papá le hizo algo a mamá y por eso ella se ha ido al cielo —dijo con un hilo de voz.

Carlos no contestó, pero la revelación que acababa de hacer su nieta y sobre todo la contundencia que había empleado le alcanzaron el alma. Esa simple frase había sembrado una profunda inquietud en Carlos.

—¿Y tú cómo sabes eso? —acertó a decir, desconcertado.

—Porque...

La niña hizo una pausa.

—¿Por qué? Habla sin miedo.

—Porque yo lo vi.

Luego rompió a llorar.

2006. Julio

Esa misma noche Pablo Cañadas se reunió con Ricardo Foresta, un «loco» adorable que había sido su mentor cuando estudiaba Ingeniería de Caminos. Además, con el tiempo, se había convertido en su mejor amigo. A ambos les unían intereses comunes, en especial la arqueología, a la que eran grandes aficionados. Pablo lo apreciaba porque en los momentos más difíciles de su vida había estado presente, sin reservas. Le ayudó cuando sus padres fallecieron; un suceso que le pilló muy joven y le sumió por unos años en la negrura. Supo cómo orientarle y gracias a él salió de ese pozo... Y más adelante, el día en que su estrella lo abandonó del todo, lo arrojó como a un hijo.

En el bolsillo de su americana guardaba la pulsera. Quería mostrársela a Ricardo. Lo había citado en La Ardotsa, una de las bodegas más antiguas de Madrid, que frecuentaban desde hacía años. El lugar era, sin duda, muy peculiar. Pocas personas que pasaran por delante de La Ardotsa, en la calle Colón, podían resistirse a entrar, aunque sólo fuera para curiosear. El local, cuya fachada estaba pintada de rojo y negro, tenía un regusto a castizo que le confería un encanto especial. No era fácil encontrar si-

tio. Solía estar lleno y tampoco era un local espacioso. La mayoría de los clientes se apostaban en la barra para degustar sus especialidades, sobre todo la tortilla de patatas, que tenía merecida fama entre los clientes. Sin embargo, si se atravesaba la barra por un hueco colocado ex profeso, se accedía a un ambiente más sobrio y oscuro donde uno, si tenía suerte, podía sentarse. Aquel día la hubo, quizá porque cuando llegó aún era temprano.

Pablo pidió una cerveza mientras esperaba a su amigo. Se la sirvieron, como siempre, bien tirada, con la espuma justa, en una copa alargada. Estaba inquieto. Al menos, eso fue lo que pensó —al depositar la bebida sobre el barril que usaban como mesa— el camarero, a quien no le pasó desapercibido el jugueteo de sus dedos contra la madera, golpecitos que Pablo, con nerviosismo, trasladó al cristal de la copa.

Trató de serenarse —sin mucho éxito— observando la decoración de la bodega, cuyas paredes estaban cubiertas de fotos de personajes ilustres que, en algún momento, habían terminado recalando en La Arrosa. Actores, cantantes, cómicos y artistas en general desfilaban ante sus ojos sin que Pablo les prestara verdadera atención, aunque quizá el más distinguido de todos había sido Francisco de Goya —o eso rezaba la leyenda—, que allí bebió sus buenos aguardientes cuando gestaba la venta de sus *Caprichos* en un local próximo a la bodega.

Ricardo tardó más de lo previsto. Aunque había cogido un taxi, el tráfico lo había dejado atrapado en una bocacalle. Tenía justificada fama de impuntual, y lo sabía. No lo hacía a propósito, pero era incapaz de presentarse a tiempo a una cita aun cuando fuera de trabajo. Pablo lo conocía y se resignaba. Él, en cambio, era puntual en exceso. Muchas veces llegaba antes de la hora fijada, una manía que, en más de una ocasión, había lamentado, en especial cuando quedaba con Ricardo.

Su mentor era un hombre alto y espigado. Tenía el pelo blanco y un poco largo. Siempre iba despeinado, lo que le daba un aspecto informal y perdulario. Sin embargo, su vestuario denotaba que, al menos en parte, le preocupaba su imagen, puesto que siempre iba perfectamente combinado en colores y adecuado para la situación. Lucía unas gafas de pasta un poco anticuadas

cuyos cristales eran demasiado gruesos, lo que le proporcionaba una imagen de sempiterno despistado, aunque en realidad era una persona muy observadora a quien pocas cosas se le escapaban.

Se disculpó por el retraso y comenzó a desgranar una justificación que Pablo cortó sin miramientos.

—Déjate de excusas, que ya nos conocemos —dijo Pablo sin irritación—. No es el momento. He tenido un día horrible, no te puedes hacer una idea.

—Ha debido ser duro lo de ese joven —comentó Ricardo mientras se despojaba de su chaqueta.

—Sí, y no puedo evitar pensar que quizá yo haya tenido algo de culpa.

—Pues no lo pienses. Fue un accidente, un terrible accidente. Nada más. Estas cosas ocurren de vez en cuando en las obras, y ambos lo sabemos. No ha sido ni la primera ni, por desgracia, será la última vez que pase algo así.

—Sí, pero fue todo muy extraño. Un cúmulo de casualidades —repuso Pablo dando un sorbo a su cerveza.

—Claro, de otro modo no hablaríamos de fatalidad.

El camarero se acercó para tomar nota a Ricardo, quien pidió una tónica y unas croquetas.

—Ya, pero no puedo quitármelo de la cabeza. Aquella excavadora golpeándolo como a un pelele y su cuerpo saltando por los aires. Tardaré en olvidarlo.

—No sirve de nada darle vueltas. Dime, ¿qué querías mostrarme? —preguntó Ricardo cambiando de tema.

Aquella reacción, aparentemente fría, no lo era en absoluto. La experiencia y la madurez lo habían convertido en una persona pragmática que evitaba, en la medida de lo posible, lamentarse por cosas que ya no tenían remedio.

—A veces pareces insensible —dijo su amigo con la mirada baja.

—Lo sé, pero tú sabes que no lo soy, y Mónica también. Sólo trato de desviar tu atención de lo que ha pasado en la obra.

Mónica era la mujer de Ricardo, con la que llevaba casado veintinueve años.

—Pero ambos sabemos que Mónica te adora, no te lo tendría en cuenta.